

que arriba dije: este D. Hernando de Alvarado Quauhtimóc perdió à México aunque la defendió esforzadamente.

CAPITULO 69.

La manera comun de heredar.

Muchas maneras hay de heredar entre los de la Nueva España, y mucha diferencia entre nobles y villanos, por lo cual pondré aquí algo de ello. Es costumbre de pecheros, que el hijo mayor herede al padre en toda la hacienda, raiz y mueble, y que tenga y mantenga todos los hermanos y sobrinos, con tal que hagan ellos lo que les mandare: á esta causa hay siempre en cada casa muchas personas. La razon por donde no parten la hacienda es por no la disminuir con la particion y particiones, que una tras otra se harian: lo cual aunque es muy bueno, trae grandes inconvenientes. El que así hereda paga al señor los tributos y pechos que su casa y heredad es obligada, y no mas: y si está en lugar que pagan al señor por cabezas, dá entonces aquel hermano mayor tantos cacaoas, por cada hermano y sobrino que tiene en casa, ó tantas plumas ó mantas ó cargas de maíz, ó las otras cosas que suelen pechar y así pechan mucho, y parece á quien no lo sabe, que es un desafortado pecho, y á la verdad muchas veces no lo pueden pagar, y los venden ó toman por esclavos. Cuando no hay hermanos ni sobrinos que hereden, forzosamente vuelven las haciendas al señor ó al pueblo, y entonces los dá el señor ó el pueblo á quien bien les place con la carga de tributo y servicio que tiene y no mas: bien que siempre hay respecto á darlas á parientes de los que las tuvieron; y aunque los pueblos hereden á los vecinos, no es para consejo la renta como decimos acá, á censo perpetuo todo el término, repártelo por suertes, y contribuyen prorrata. En otros lugares heredan al padre todos los hijos, y reparten entre sí la hacienda que parece mas justo, y mas libertad. Algunos señorios hay en que aunque hereda el hijo mayor, no entra en posesion sin decreto y voluntad del pueblo, ó sin licencia del rey á quien debe y reconoce vasallage, á cuya causa muchas veces venian á heredar los otros hijos, y de aquí debe ser que en semejantes estados los padres nombran cual hijo les heredará, y dicen que en muchos lugares dejaba mandado el padre cual hijo le habia de suceder en el señorío. En los pueblos de república que se gobernaban en comun, tenian diferentes maneras de heredar los estados, pero siempre se miraba al linage. La general costumbre entre reyes y grandes señores mexicanos, es heredar primero los hermanos que los hijos, y luego los hijos del hermano mayor, y tras ellos los hijos del primer heredero, y si no habia hijos ni nietos, heredaban los parientes mas propincuos.

Los reyes de México, Tezcuco y otros, sacaban del estado lugares para dar á hijos y dotar las hijas, y aun como eran poderosos querian que siempre los hijos de las mugeres mexicanas hijas y sobrinas del rey, heredasen el señorío de los padres si bien no fuesen los mayores, ni á los que pertenecia el estado.

CAPITULO 70.

La jura y coronacion del rey.

Aunque heredaban unos hermanos á otros, y tras ellos el hijo del primer hermano, no usaban del mando, ni creo que del nombre de rey, hasta ser ungidos y coronados públicamente. Luego pues que el rey de México era muerto y sepultado, llamaban á cortes al señor de Tezcuco y al de Tlacópan que eran los mayores y mejores, y á todos los otros señores súbditos y sufragáneos al imperio mexicano, los cuales venian muy presto. Si habia duda ó diferencia quien debia ser rey, averiguábase lo mejor que podian, y si no poco tenian que hacer. En fin llevaban al que pertenecia el reino, desnudo todo, excepto lo vergonzoso, al templo grande de Huitzilopuchtli: iban todos muy callando y sin regocijo ninguno, subianlo del brazo las gradas arriba dos caballeros de la ciudad que para esto nombraban, y delante de él iban los señores de Tezcuco y Tlacópan, sin entremeterse nadie enmedio, los cuales llevaban sobre sus mantas ciertas enseñas (ó estandartes) de sus dictados y oficios: en la coronacion y ungimiento no subian á las capillas y altar, sino pocos seglares, y aquellos destinados para vestir al nuevo rey y para hacer algunas ceremonias, que todos los demas miraban de las gradas y del suelo, y aun de los tejados, y todo se henchia tanta gente cargaba á la fiesta. Llegaban pues con mucho acatamiento, hincábanse de rodillas al ídolo de Huitzilopochtli, tocaban el dedo en tierra y besábanlo, venia luego el gran sacerdote vestido de pontifical, (76) con otros muchos revestidos tambien de las sobrepellices, que segun en otra parte dije ellos usan, y sin hablarle palabra le ungian todo el cuerpo con una tinta muy negra hecha para aquel efecto, y tras esto saludando ó bendiciendo al ungido, rociábale cuatro veces de aquella agua bendita y á su modo consagrada, que dije guardaban en la consagracion del dios de masa, con un hisopo de ramas y hojas de caña, cedro y sauce que hacian por algun significado ó propiedad: poniale despues sobre la cabeza una manta toda

[76] *Algo de esta farza tuvimos en la catedral de México el 21 de julio de 1822 con D. Agustin de Iturbide, embijado no con tinta, sino con vinagre de los cuatro ladrones como decia el sábio padre Mier. (Hoy puntualmente hace cuatro años, y ayer hizo dos de fusilado en la villa de Padilla.*

pintada y sembrada de huesos y calavernias de muerto, encima de la cual le vestia otra manta negra y luego otra azul, y ambas estaban con cabezas y huesos de muerto muy al natural pintados. Echábale al cuello unas correas coloradas, largas y de muchos ramales, de cuyos cabos colgaban ciertas insignias de rey como pinjantes: colgábale tambien á las espaldas una calabacita llena de *ciertos polvos*, (77) en cuya virtud no le tocasse pestilencia, ni le cayese dolor ni enfermedad ninguna, para que no le ahogasen viejas ni hechiceros, ni engañasen malos hombres, y en fin, para que ninguna cosa le tocasse ni dañase: poníanle asimismo en el brazo izquierdo una taleguilla de incienso que ellos usan, y dábanle un bracerito con cortezas de encina. El rey se levantaba entonces, echaba aquel incienso en las brazas, y con gran mesura y reverencia zahumaba á Huitzilopochtli, y sentábase: llegaba luego el gran sacerdote y tomábale juramento de palabra, y conjurábale que mantendria la religion de los dioses, que guardaria los fueros y leyes de sus antecesores, que mantendria justicia, que á ningun vasallo ni amigo agraviaria, que seria valiente en la guerra, que haria andar al sol con su claridad, llover las nubes, correr los rios, y producir la tierra todo género de mantenimientos: estas y otras cosas prometia y juraba el nuevo rey tan imposibles. Daba las gracias al gran sacerdote, encomendábase á los dioses y á los miradores, y con esto le bajaban los mismos que lo subieron por la órden que primero; comenzaba luego la gente á decir á voces, que fuese para bien su reinado, y que gozase muchos años de salud con el pueblo: entonces vierades bailar á unos, tañer á otros, y todos los que mostraban sus corazones, con las muchas alegrías que hacian antes de bajar de las gradas, llegaban todos los señores que estaban en las còrtes y en còrte, á darle obediencia, y en señal de señorío que sobre ellos tenia, le presentaban plumages, sartas de caracoles, collares y otras joyas de oro y plata, y mantas pintadas con la muerte, acompañábanle hasta una gran sala é ibanse. El rey se asentaba en uno como estrado que llaman *tlacatecco*, no salia del patio y templo en cuatro dias, los cuales gastaba en oracion, sacrificios y penitencia: no comia mas de una vez al dia, y aunque comia carne, *salaxi* y todo manjar de señor, ayunaba. Bañábase una vez al dia y otra á la noche, en una gran alberca donde se sangraba de las orejas, é incensaba al dios del agua *Tlalóc*. Tambien incensaban los otros idolos del patio y templo, ofreciéndoles pan, fruta, flores, papeles y cañuelas, tintas en

[77] *Huberan sido buenos unos polvos que los libráran de la rapacidad española: por fortuna ya los tenemos, y se componen de azufre, sal nitro, y carbon, mezclados con albondiguillas de plomo con los que recibiremos á los que pretendan reconquistarnos.*

sangre de su propia lengua, narices, manos y otras partes que se sacrificaba. Pasados aquellos cuatro dias venian todos los señores á llevarlo á palacio con grandísima fiesta y placer del pueblo; mas pocos le miraban á la cara despues de la consagracion. Con haber dicho estas ceremonias y solemnidad que México tenia en coronár su rey, no hay que decir de los otros reyes, porque todos ó los mas siguen esta costumbre, salvo que no suben en alto sino al pie de las gradas: venian luego á México por la confirmacion del estado, y vueltos á sus tierras hacian grandes fiestas y convites, no sin borracheras ni sin carne humana.

EL EDITOR.

El padre fray Bernardino Sahágun, franciscano, en su obra *medita de la Historia universal de las cosas de Nueva España*, de la que se dá una idea crítica en el número 6 de los *Ocios de españoles emigrados en Lóndres* tomo 1. página 369, nos presenta una muestra en el extracto de la oracion que los indios mexicanos hacian al mayor de sus dioses despues de muerto el rey, para que les diese otro, y dice así.

„Señor nuestro, ya vuestra magestad sabe como es muerto N.: ya lo habeis puesto debajo de vuestros pies: ya es ido por el camino que todos hemos de ir y á la casa donde todos hemos de morar, casa de perpetuas tinieblas, donde no hay ventana ni luz alguna... Dísteisle en este mundo á gustar algun tanto de vuestra suavidad y dulzura, como pasándosele por delante de la cara, como cosa que pasa presto... ¡Ay dolor! que ya se fué donde están nuestros padres y nuestras madres. El dios del infierno, aquel que descendió cabeza abajo al fuego, el que desea llevarnos allá á todos con muy importuno deseo como quien muere de hambre y de sed: el cual está en grandes tormentos de dia y de noche dando voces y demandando que vayan allá muchos. Ya está allá con él este N. con los otros señores y reyes, que gozaron del señorío y dignidad real y del trono y sitio del imperio, los cuales ordenaron las cosas de vuestro reino que sois el universal señor y emperador, por cuyo albedrio y motivo se rige todo el universo, que no tenemos necesidad de consejo de ningun otro... Ya se nos acabó nuestra candela y nuestra lumbre: la hacha que nos alumbraba del todo la perdimos: dejó perpetua horfandad y desamparo á todos sus súbditos. ¿Tendrá por ventura cuidado de aquí adelante del regimiento de este pueblo, aunque se destruya y asuele con todos los que en él viven?... ¡O pobrecitos macehuales, que andan buscando su padre y su madre, como el niño pequeñuelo busca llorando á los suyos que están absentes, y recibe grande angustia cuando no los halla! ¡O pobrecitos de los mercaderes, que andan por los montes y por los páramos! Y tambien de los tristes labradores, que andan buseando yerbe-

zuelas para comer, y raíces y leña para quemar ò para vender de que viven! ¡O pobrecitos soldados y hombres de guerra, que andan buscando la muerte y tienen ya aborrecida la vida, y en ninguna cosa piensan sino en el campo y en la raya donde se da la batalla! ¿A quien apellidarán? Cuando tomen algun cautivo, ¿a quien lo presentarán?... Pobrecitos de los pleiteantes ¿quien los juzgará y limpiará de sus contiendas y portías? Bien así como el niño cuando se ensucia, que si su madre no le limpia estése con suciedad... ¿podránse ellos remediar á sí mismos por ventura? ¿Y los que merecen muerte sentenciarse han ellos mismos? ¿Quien pondrá el trono de la judicatura? ¿Quien tendrá el estrado de juez, pues no hay ninguno?... ¿Quien alegrará y regocijará al pueblo á manera de quien tañe á mazates que andan remontadas para que se asienten?"

D. Fernando de Alvarado *Tezozómoc* en la historia del nombramiento y coronacion de Moteuhsoma último emperador de este nombre, que he redactado en el *Centzontli*, *Diario de México*, desde el número 30 al 50, de 30 de octubre de 1823 á 15 de noviembre del mismo, refiere varias particularidades acerca de la eleccion de dicho monarca, que creo debo presentar á mis lectores, dice así.

„Por muerte del rey *Ahuítzòtl* se reunieron los doce electores del imperio: el rey de Tezcucó Netzahualpilli, como primero en dignidad de esta corporacion, tomó la palabra y dijo: „Bien sabeis, señores, que somos súbditos del imperio mexicano, y que tomo el mayor interés en que éste no esté confundido en las tinieblas, sino que como cabeza de este continente brille como luz hermosa en todo él. Careciendo de esta antorcha, estamos expuestos á que se rebelen contra nosotros los pueblos nuevamente agregados á la corona, y por otra parte estamos cercados de enemigos terribles como los *Tlaxcaltecas*, *Tliluhquitepas*, *Michóacanos* y otras grandes provincias, que prevalidos de la ocasion, pudieran atreverse y venir sobre nosotros. Ni están menos expuestos á grandes contingencias nuestros traficantes y mercaderes, que por causa de sus comercios penetran hasta los puntos mas distantes del imperio. Quisiera por tanto, señores, que se eligiese prontamente por rey al que vosotros señalaseis con el dedo. Bien sabeis que entre nosotros se crian y están ya de buena edad jóvenes, hijos de reyes nuestros antepasados que son muy dignos de serlo; ellos están ademas formados bajo la direccion de hombres sábios y sacerdotes, que les han enseñado el arte del gobierno, tales son los hijos de *Axáyacatl* y de *Tizóc*, á uno de ellos podríais muy bien elegir para gefe del imperio.”

Apoyó este pensamiento uno de los concurrentes, y dijo: „cuanto ha expuesto el rey de Tezcucó es la verdad: existen jóvenes hijos de nuestros monarcas antepasados; mas es menester que el imperio se confie á una persona de edad varo-

níl, sagáz y prudente; clemente para los buenos, y cruel y terrible con los enemigos, hablo de los hijos del rey *Axáyacatl*.” enumerólos á todos, incluyendo á *Tlacocheacatl* Moteuhsoma, en quien desde luego se conformaron por ser jóven de treinta y cuatro años, hábil, valiente ypreciado de soldado, por lo que quedó al punto electo emperador. Pasaron luego los electores á traerlo de *Calmeccac*, donde se hallaba; zahumáronle con copal, é hicieron con él las ceremonias de estilo, reducidas á sentario en el trono, colocándole en la cabeza el *Xiuhhuitzollí*, ó corona que semejaba á una media mitra que se ponian desde la frente, y detras del colodrillo se ataba con una trenza sutil que remataba en delgada; cortáronle el pelo del modo que se acostumbraba con los reyes; ahujéronle las ternillas de las narices, poniéndole en ellas un canutillo delgado de oro que llaman *Acapitzactli*; ciñéronle un tecomatillo con tabaco, que llaman *piciete*, que sirve de refuerzo á los indios caminantes; pusieronle orejeras y bezoleras de oro; cubriéronle con una manta de red azul que semejaba á una toca delgada con mucha pedreria menuda y rica, pañetes costosísimos, y un calzado delgado azul. Acabadas estas ceremonias le saludaron los reyes de Tezcucó y Tacuba emperador, y arengaron los electores exponiéndole en el discurso menudamente sus obligaciones. Dijéronle que el empleo y dignidad á que se le habia ascendido exigia por su parte la mayor vigilancia y continuo desvelo, así para la seguridad interior como para la exterior del estado: cuidado en los templos y sus ministros; cuidado en los sacrificios; cuidado en los campos y sementeras; en los bosques, árboles y fuentes, y mucha prudencia para emprender las grandes obras públicas, pues por no habéla tenido su tio en la introduccion del agua de *Acuecuexcatl* estuvo México á punto de perecer por una espantosa inundacion; finalmente le reencargaron visitase los cuatro barrios de México, almácigo fecundo donde se formaban los valientes militares (ó segun la expresion literal de la misma arenga....) donde se crian y doctrinan las águilas, tigres y leones osados, y la buena república....

Es reparable el modo brillante conque comenzaron este razonamiento.... *Ya amanecó, señor, (le dijeron) estábamos en tinieblas; ahora reluce el imperio como espejo herido con los rayos de la luz....* El padre Clavijero y el señor Granados, obispo de Sonora, nos han presentado el texto de la elocuentísima oracion congratulatoria que en esta vez dijo el rey Netzahualpilli, y que he copiado literalmente en la galeria de los príncipes mexicanos. Clavijero añade por circunstancia que conmovió tanto á Moteuhsoma, que quiso responderla y probó á hacerlo hasta por tercera vez; pero no lo dejó un flujo de lágrimas.

Sin embargo, salió del lance dando á los electores muchas gracias en general, pues era hombre de habilidad extraor-

dinaria. Concluido el acto de la felicitacion pidió Moteuhsuma dos punzantes agudos, uno de hueso de tigre y otro de leon, con los que se hirió y sacò sangre de las orejas, molledos y espinillas. Luego tomó unas codornices, à las que cortó las cabezas, y con su sangre salpicó la lumbre, y zahumó la hoguera que allí habia; en seguida subió al templo de *Huitzilopochtli* y besó la tierra tocándola con la punta del dedo puesto à los pies del idolo: tornó otra vez à punzarse en las mismas partes que en la sala de la eleccion, y à salpicar nuevamente el templo con la sangre de las codornices: tomó el incensario, zahumó al idolo, y despues à las cuatro caras del edificio. Hecha reverencia à los circunstantes, bajó de aquel lugar y pasó à palacio, de donde concluida la comida volvió à subir al templo, y no subió las cuatro gradas que habia de distancia hasta donde estaba el idolo, sino que se quedó donde estaba la piedra redonda ahujera por donde corria la sangre de los sacrificios humanos, y por cuyo grande ahujero se arrojaban los corazones de las víctimas: tornó à hacer nuevo sacrificio à los dioses de codornices que degolló, y volviendo à su palacio despidió la comitiva.

CAPITULO 71.

La caballeria del Tecuhtli.

Para ser Tecuhtli que es el mayor dictado y dignidad tras los reyes, no se admiten sino hijos de señores: tres años y mas tiempo antes de recibir el ábito de esta caballeria, convidaba à la fiesta à todos sus parientes y amigos, y à los señores y tecuhtlis de la comarca, venian y juntos miraban que el dia de la fiesta fuese de buen signo, por no comenzarla con escúpulo: acompañaban al nuevo caballero todos los del pueblo hasta el templo grande del dios Camaxtle, que era el mayor idolo de la república. (78) Los señores, los amigos y parientes que estaban convidados, lo subian por las gradas al altar, hincábanse todos de rodillas delante el idolo, y el caballero estaba muy devoto, humilde y paciente. Salia luego el sacerdote mayor, y con un aguzado hueso de tigre ó con una uña de águila, le oradaba las narices entre cuero y ternilla de pequeños agujeros, y metíale en ellos unas pedrezuelas de azabache negro, y no de otra color: hacíale tras esto un gran vexámen, (79) injuriándole mucho de palabras y obras, hasta desnudarlo en carnes salvo lo deshonesto: el caballero se iba entonces así des-

[78] *En Tlaxcátlan.*

[79] ¿Si seria este el tipo por donde se pandorgueaban los colegiales noveles del colegio de Santos de México para probar su vocacion?

nudo à una sala del templo, y comenzaba à velar las armas, asentábase en el suelo y allí se estaba rezando: comian los convidados muy de regocijo; pero en acabando se iban sin hablarle: luego que anochece le traian ciertos sacerdotes unas mantas groseras y viles que vistiese, una estera y un tajoncillo por almohada en que se recostase, y otro por silla para sentarse: traíale ademas tinta conque se tiznase, puntas de metl conque se punzase las orejas, brazos y piernas, un brasero y resina para incensar los ídolos, y si habia gente con él la echaban fuera, y no le dejaban mas de tres hombres soldados viejos y diestros en la guerra, que le industriasen y tuviesen en vela: no dormia en cuatro dias sino algunos ratitos y aquellos sentado, porque los soldados le despertaban picándole con puas de metl: cada media noche zahumaba los ídolos y ofrecíales gotas de sangre que de su cuerpo sacaba: andaba todo el patio y templo una vuelta alrededor: cavaba en cuatro partes iguales, y allí soterraba papel, copalli y cañas con sangre de sus orejas, manos, pies y lengua; tras esto comia que hasta entonces no se desayunaba: era la comida cuatro buñuelos ó bollicos de maiz y una copa de agua: alguno de estos tales caballeros no comia bocado en cuatro dias: acabado estos pedia licencia à los sacerdotes para ir à cumplir su profesion à otros templos, que à su casa no podia, ni llegar à su muger aunque la tuviese durante el tiempo de la penitencia. Al cabo del año, y de allí adelante cuando queria salir, aguardaba à un dia de buen signo para que saliese en buen pie como habia entrado. El dia que habia de salir venian todos los que primero le honraron, y luego por la mañana lo lavaban y limpiaban muy bien, y lo tornaban al templo de Camaxtle con mucha música, danzas y regocijo; subíale cerca del altar, desnudábanle las mantillas que traía, atábanle los cabellos con una tira de cuero colorado al cocodrillo, de la cual cogaban algunas plumas: cubríanlo de una fina manta, y encima de ella le echaban otra riquísima que era el hábito è insignia de Tecuhtli. Poníale en la mano izquierda un arco, y en la derecha unas flechas, luego el sacerdote le hacíale un razonamiento del cual era la suma. „Que mirase la orden de caballeria que habia tomado, y así como se diferenciaba en el hábito, traje y nombre, así se aventajase en condicion, nobleza, liberalidad y otras virtudes y obras buenas. Que sustentase la religion, que defendiese la pátria, que amparase los suyos, que destruyese los enemigos, que no fuese cobarde en la guerra, que fuese como águila ó tigre; pues por eso le agujeraba con sus uñas ó huesos las narices que es lo mas alto, y señalado de la cara donde está la vergüenza del hombre.” Dábale tras esto otro nombre, y despedíale con bendicion. Los señores y convidados, forasteros y naturales, se sentaban à comer en el patio, y los ciudadanos tañian y cantaban conforme à la fiesta, y bailaban el *netoteliztli*. La comida era muy

abundante de toda suerte de viandas, mucha caza y volateria, que de solos gallipabos se comian mil quinientos. No hay número de las codornices, ni de los conejos, liebres, venados, pernillos, capados y cebones; tambien servian eulebras, víboras y otras serpientes guasadas con mucho axi ó chile, cosa que parecia increíble, pero es cierta: no quiero decir las muchas frutas, las guirnaldas de flores, los mazos de rosas y canutos de perfumes que ponian en las mesas; pero digo que gentilmente se embeodaban con aquellos sus vinos, en fin en semejantes fiestas no habia pariente pobre. Daban á los señores tecuhtlis y principales convidados, plumages, mantas, tocas, zapatos, bezotes y orejeras de oro ó plata, ó piedras de precio, esto era mas ó menos segun la riqueza y ánimo del nuevo tecuhtli, y conforme á las personas que se daba: tambien hacia grandes ofrendas al templo y á los sacerdotes. El tecuhtli se ponía en los agujeros de la nariz que le hacia el sacerdote, granillos de oro, perlezuños, turquezas, esmeraldas y otras piedras preciosas, que aun en aquello se conocian y diferenciaban de los otros: Los tales caballeros se ataban los cabellos en la guerra á la coronilla, eran primeros en los votos, en los asientos y presentes: eran principales en los banquetes y fiestas, en la guerra y la paz, y podian traer tras de sí un banquillo para sentarse en la parte que quisiesen, este dignado tenian Xicóhtencatl y Maxixca que fué gran amigo de Cortés, y por eso eran capitanes y tan preeminentes personas en Tlaxcállan y su tierra. (79)

CAPITULO 72.

Lo que sienten del ánima.

Bien pensaban estos mexicanos que las ánimas eran inmortales, y que penaban ó gozaban segun vivieron, y toda su religion á esto se encaminaba; pero donde mas claramente lo mostraban era en los mortuorios. Decian que habia nueve lugares en la tierra donde iban á morar los difuntos: uno junto al sol, y que los hombres buenos, los muertos en batalla y sacrificados, iban á la casa del sol, y que los malos se quedaban acá en la tierra, y repartianse de esta manera: los niños y malparidos iban á un lugar: los que morian de vejez ó enfermedad iban á otro: los que morian súbita y arrebatadamente iban á otro: los muertos de heridas y mal pegajoso, iban á otro: los ahogados á otro: los justiciados por delitos como eran hurto y adulterio, á otro: los que mataban á sus padres, hijos y mugeres, tenian casa por sí; tambien estaban por su ca-

[79] Estos caballeros podian muy bien decir como Sancho Panza á su muger.... Si buen gobierno me tengo buenos azotes me cuesta.

bo los que mataban al señor y á sacerdote alguno. La gente menuda comunmente se enterraba: los señores y ricos hombres se quemaban, y quemados los sepultaban: en las mortajas habia gran diferencia, y mas vestidos iban muertos que anduvieron vivos. Amortajaban las mugeres de otra manera que á los hombres ni que á los niños. Al que moria por adúltero amortajaban como al dios de la lujuria dicho *Tlazólteutli*: al abogado como á *Tlalóc* dios del agua: al borracho como á *Ometóchtli* dios del vino: al soldado como á *Huitzilopuchtlí*; y finalmente á cada oficial daban el traje del ídolo de aquel oficio á que pertenecian.

CAPITULO 73.

Enterramiento de los reyes.

Quando enfermaba el rey de México ponian máscaras á Tezeatlípica ó Huitzilopuchtlí, ó á otro ídolo, y no se la quitaban hasta que sanaba ó moria. Quando espiraba lo enviaban á decir á todos los pueblos de su reino para que lo llorasen, y á llamar los señores que eran parientes y amigos, y que podian venir á las honras. Dentro de cuatro dias que los vasallos ya estaban allí, ponian el cuerpo sobre una estera velándolo cuatro noches, gimiendo y plañendo, y lavándolo: cortábanle una guedeja de cabellos de la coronilla, y guardábanlos diciendo que en ellos quedaba la memoria de su *ánima*. Metíanle en la boca una fina esmeralda: amortajábanle con diez y siete mantas muy ricas y muy labradas de colores, y sobre todas ellas iba la divisa de *Huitzilopuchtlí* ó *Tezeatlípica*, ó la de algún otro ídolo su devoto, ó la del dios en cuyo templo se mandaba enterrar: poníanle una máscara muy pintada de diablos, y muchas joyas, piedras y perlas. Mataban luego allí al esclavo lamparero que tenia cargo de hacer lumbre y zahumerios á los dioses de palacio, y con tanto llevaban el cuerpo al templo; unos iban llorando y otros cantando la muerte del rey, que tal era su costumbre. Los señores, los caballeros y criados del difunto llevaban rodela, flechas, mazas, banderas, penachos y otras cosas así, para echar en la hoguera. Recibíalos el gran sacerdote con toda su clerecia á la puerta del patio: en tono triste decia ciertas palabras, y haciale echar en un gran fuego que para quemarlo estaba hecho, con todas las joyas que tenia: echaban tambien á quemar todas las armas, plumages y banderas con que lo honraban, y un perro que lo guiase á donde habia de ir muerto primero con una flecha que le atravesase el pescuezo. Entre tanto que ardia la hoguera y quemaban al rey y el perro, sacrificaban los sacerdotes doscientas personas, aunque en esto no habia taza ni ordinario: los abrian por el pecho, sacábanles los corazones y arrojábanlos en el fue-

go del señor, y luego echaban los cuerpos en un *carnero*. (80) Estos así muertos por honra y para servicio de su amo, (como ellos dicen en el otro siglo), eran la mayor parte esclavos del muerto, y de algunos señores que se los ofrecían; otros eran enanos, otros contrahechos, otros monstruosos, y algunos eran mugeres: ponían al difunto en casa y en el templo muchas rosas y flores, y muchas cosas de comer y de beber, y nadie las tocaba sino sacerdotes que debía de ser ofrenda. (81)

Otro día cogían la ceniza del quemado y los dientes que nunca se queman, y la esmeralda que llevaba á la boca, todo lo cual metían en una arca pintada por dentro de figuras endiabladas con la guedeja de cabellos, y con otros pocos de pelos que cuando nació le cortaron y tenían guardados para esto; cerrábanla muy bien y ponían encima de ella una imágen de palo, hecha y ataviada (82) al propio como el difunto: duraban las exéquias cuatro días, en los cuales llevaban grandes ofrendas las hijas y mugeres del muerto y otras personas, y poníanlas donde fué quemado, y delante la arca y figura. Al cuarto día mataban por su alma quince esclavos, mas ó menos segun les parecía; á los veinte días mataban cinco: á los sesenta otros tres: á los setenta que era como cabo de año nueve.

CAPITULO 74.

De como quemaban para enterrar los reyes de Michóacan.

El rey de Michóacan que era un grandísimo señor, y que competía con el de México, cuando estaba muy á la muerte y desahuciado de los médicos, nombraba al hijo que quería por rey, el cual luego llamaba á todos los señores del reino, gobernadores, capitanes y valientes soldados que tenían cargos de su padre para enterrarle; al que no venía castigábase como á traidor: todos concurrían y le traían presentes, que era como aprobación del reinado. Si el rey estaba enfermo en artículo de muerte, cerraban las puertas de la sala para que ninguno entrase: ponían la divisa, silla y armas reales en un portal del patio de palacio, para que allí se recogiesen los señores y los otros caballeros; en muriendo alzaban todos ellos y los demas un gran llanto: entraban donde estaba el rey muerto, tocábanle con las manos, bañábanlo con agua ojerosa, vestíanle una camisa muy delgada, calzábanle unos zapatos de venado que es el calzado

[80] Entiéndase sepulcro; es voz de uso anticuado.

[81] Seria una especie de derechos parroquiales.

[82] Una persona posee en México una figurilla de esta naturaleza. En las orejas les ponían ciertos caractéres que denotaban la enfermedad de que habia muerto.

de aquellos reyes, atábanle cascabeles de oro á los tobillos, poníanle ajorcas de turquezas en las muñecas, en los brazos braceletes de oro, en la garganta gargantillas de turquezas, y otras piedras: en las orejas zarcillos de oro, en el bezote un bezote de turquezas, y á las espaldas un gran trenzado de muy linda pluma verde; echábanle en unas muy anchas andas que tenían una muy buena cama: poníanle á un lado un arco, y un carcax de piel de tigre con muchas flechas, y al otro un bulto tamaño como el, hecho de mantas finas á manera de muñeca, que llevaba un grande plumage de plumas verdes, largas y de precio; llevaba su trenzado, zapatos, braceletes y collar de oro. Entre tanto que unos hacían esto, lavaban otros á las mugeres y hombres, que habían de ser muertos para acompañar el rey al infierno; dábanles muy bien de comer, y emborrachábanlos para que no sintiesen mucho la muerte. El nuevo señor señalaba las personas que habían de ir á servir al rey su padre porque muchos no se alegraban de tanta honra y favor, aunque algunos había tan simples ó engañados, que tenían por gloriosa muerte aquella; eran principalmente siete mugeres nobles ó señoras, una para que llevase todos los bezotes, arracadas, manillas, collares y otras joyas así ricas que solía ponerse el muerto: otra era para copera, otra para que le sirviese agua manos, otra que le diese el orinal, otra por cosinera, y la otra por lavandera; también mataban otras muchas esclavas y mozas de servicio que eran libres: no llevaban cuenta de los hombres esclavos y libres que mataban el día del enterramiento del rey, que mataban uno y aun mas de cada oficio. Limpios pues estos escogidos, hartos y beódos, se teñían los rostros de amarillo, y se ponían en las cabezas sendas guirnaldas de flores é iban como en procesion delante del cuerpo muerto, unos tañendo caracoles, otros huesos, otros en concha de tortugas, otros chiflando, y creo que todos llorando: los hijos del muerto y los señores principales tomaban en hombros las andas, y caminaban paso á paso al templo de su dios *Curicaneri*. Los parientes roteaban las andas, y cantaban ciertos cantares tristes y revesados. Los criados, los hombres valientes y de cargos de justicia ó guerra, llevaban ventalles, pendones y diversas armas: salían del palacio á media noche con grandes tizones de téa, y con grandísimo ruido de trompetas y atabales. Los vecinos de las calles por donde pasaban, barrian y regaban muy bien el suelo: en llegando al templo daban cuatro vueltas á una hacina de leña de pino que tenían hecha para quemar el cuerpo: echaban las andas encima del monton de leña y poníanle fuego por debajo, y como era seca presto ardía. A chocaban entre tanto los enguirnalados con porras, y los enterraban de cuatro en cuatro con los vestidos y cosas que llevaban, detras del templo á raíz de las paredes: en amaneciendo que ya el fuego era muerto, cogían las cenizas, huesos, pie-

dras y oro derretido en una rica manta, é iban con ello á la puerta del templo. Salían los sacerdotes, bendecían las endemoniadas reliquias; envolvíanlas en aquella, y en otras mantas hacían una muñeca: vestíanla muy bien como hombre: poníanle máscara, plumage, zarcillos, sartaes, sortijas, bezotes y cascabeles de oro, flechas, y una rodela de oro, y pluma á las espaldas, que parecía un ídolo muy compuesto: abrían luego una sepultura al pie de las gradas, ancha, cuadrada, y honda dos estafos: emparamentábanla de esteras nuevas y buenas, por todas cuatro paredes y el suelo. Armaban dentro una cama: entraba cargado de la muñeca un religioso, cuyo oficio era tomar á cuestras los dioses, y tendíalo en la cama con los ojos ácia levante: colgaba muchas rodelas de oro y plata sobre las esteras, y muchos penachos, saetas y algún arco: arrimaba tinajas, ollas, jarros y platos; en fin él bien ha el hoyo de arcas *encoradas* con ropa (83) y joyas, de comida y armas; sañase, y cerraban la sepultura con vigas y tablas: echábanle por encima un suelo de barro, y con esto se iban: lavábanse todos aquellos señores y personas que habían llegado al sepultado y hecho algo en el enterramiento, y luego comían en el patio de palacio sentados, pero sin mesa; limpiábanse con sus paños de algodón: tenían las cabezas bajas, estaban mustios y no hablaban, *sino dame á beber*, esto les duraba cinco días, y en todos ellos no se encendía fuego en casa ninguna de aquella ciudad (Chincicila) si no era en palacio y en templos, ni se molía maíz sobre piedra, ni se hacía mercado, ni andaban por las calles; y en fin hacían todo el sentimiento posible por la muerte de su señor.

CAPITULO 75.

Saludo de los niños recién nacidos.

Es costumbre en esta tierra saludar al niño recién nacido, diciéndole: ¡o criatura! venida eres al mundo á padecer, sufre, padece y calla. Pónenle luego un poco de cal viva en las rodillas, como quien dice, „vivo eres, pero has de morir, o „por muchos trabajos has de ser tornado polvo como esta cal „que era piedra:” regocíjan aquel día con bailes, cantares y colacion. Era general costumbre no dar leche las madres á los hijos el primer día todo entero que nacían, porque con la hambre tomasen despues la teta de mejor gana y apetito; pero mababan ordinariamente cuatro años, y tierras había que doce: las cunas son de cañas ó palillos muy livianos por no hacer

[83] *O sea como forramos los canapés. No há muchos años que en Pénjumo se encontró un cadáver hecho una verdadera momia, íntegro y enterrado segun esta relacion.*

pesada la carga: tambien se los echaban las madres y amas al cuello sobre las espaldas con una mantilla que les coge todo el cuerpo, y se la atan ellas á los pechos por las puntas, y de aquella manera los llevan de camino, y les dan la teta por el hombro: huyen de empreñarse criando, y la viuda no se casa hasta destetar el hijo, pues era muy malo hacer lo contrario.

En algunas partes zambullen los niños en albercas, fuentes ó rios, ó en tinajas el primer día que nacen por endurecerles la piel, ó quizás por lavarles la sangre, hedor ó suciedad que sacan del vientre de las madres, la cual costumbre algunas naciones de por acá la tuvieron: hecho esto les ponen si es varón una saeta en la mano derecha, y si hembra un huso, ó una lanzadera, denotando que se han de valer, él, por las armas, y ella por la rueca.

En otros pueblos bañaban las criaturas á los siete días, y en otros á los diez que nacieron, y allí ponían al hombre una rodela en la izquierda, y una flecha en la derecha; á la muger ponían una escoba, para entender que el uno ha de mandar y el otro obedecer; en este lavatorio les ponían nombre, no como quiera, sino el del mismo día en que nacieron: y de allí á los tres meses suyos que son de los nuestros dos, los llevaban al templo donde un sacerdote que tenía la cuenta y ciencia del calendario y signos, les daba otro sobrenombre haciendo muchas ceremonias, y declaraba las gracias y virtudes del ídolo cuyo nombre les ponía, pronosticándoles buenos hados. Comían estos tales días muy bien, bebían mejor, y no era buen convidado el que no salía borracho. Sin estos nombres de los días siete y sesenta, tomaban algunos señores otro como era de *Tecuiltli*, y *pilli*, mas esto acontecía raras veces.

El castigo de los hijos toca á los padres, y el de las hijas á las madres: azótalos con ortigas, dándoles humo á las narices, estando colgados de los pies: atan á las muchachas de los tobillos porque no salgan fuera de casa: hiérenlas en el labio y pico de la lengua por la mentira: son muy apasionados por mentir todos estos indios, y por enmienda, y por quitarlos de este vicio, ordenó *Quetzalcóhuatl* el sacrificio de la lengua; caro les costó á muchos el mentir al principio que los españoles ganaron la tierra; porque preguntados donde había oro y sepulturas ricas, decían que en tal y tal cabo, y como no se hallase por mas que cavaban, descoyuntábanlos á golpes y aun los aperreaban.

Los pobres enseñaban á sus hijos sus oficios, no porque no tuviesen libertad para mostrarles otro, sino porque los aprendiesen sin gastar con ellos: los ricos (en especial caballeros y señores) enviaban á los templos sus hijos como habían cinco años, y á esta causa viven tantos hombres en cada templo, cuantos en otra parte dije. Allí había un maestro para doctrinarles: tenía esta congregacion de mancebos tierras propias en que co-

ger pan y fruta: tenía sus estatutos, como decir ayunar tantas veces de cada mes, sangrarse las fiestas, rezar, y no salir sin licencia.

CAPITULO 76.

Encerramiento de mugeres.

A las espaldas de los templos grandes de cada ciudad, había una muy gran sala y aposento por sí, donde conían y hacían su vida muchas mugeres, aunque las tales salas no tenían puerta porque no las usan, y están seguras; bien que los españoles hablaban lo que pensaban de aquella abertura y libertad, sabiendo que aun donde hay puertas saltan los hombres paredes. Diversas intenciones y fines tenían las que dormían en casas de los dioses; pero ninguna de ellas entraba para vivir allí toda su vida, aunque había entre ellas mugeres viejas, que las unas entraban por enfermedad, otras por necesidad, y otras por ser buenas. Algunas porque los dioses les diesen riquezas, muchas porque les diesen larga vida, y todas porque les diesen buenos maridos y muchos hijos. Prometían de servir y estar en el templo un año, dos y tres ó mas tiempo, y luego casábanse. Lo primero que hacían en entrando, era trasquilarse á diferencia de las otras, ó porque los ministros del mismo templo traían cabellos. Su oficio era hilar algodón y pluma, y tejer mantas para sí y para los ídolos: barrer el patio y salas del templo, que las gradas y capillas altas los ministros las barrían: tenían sus ciertas sangrias del cuerpo conque aplacar al diablo: iban las fiestas solemnes, ó siendo menester en procesion con los sacerdotes: ellos por una hilera y ellas por otra, pero no subían las gradas ni cantaban: vivían de por amor de Dios, que sus parientes, los ricos y devotos las sustentaban, y les daban carne cosida y pan caliente que ofreciesen á los ídolos, que siempre se ofrecía así, porque subiese el olor y báho en alto y gustasen los dioses. Comían en comunidad y dormían juntas en una sala como monjas, ó por mejor decir como ovejas; no se desnudaban, dicen que por honestidad, y por levantarse mas presto al servicio de los dioses y á trabajar, aunque no se habían de desnudar las que andaban casi en carnes: bailaban las fiestas delante de los dioses segun el día: la que hablaba ó se reía con algun hombre seglar ó religioso era reprendida, y la que pecaba con alguno la mataban juntamente con el hombre: tenían que se les habían de podrir las carnes á las que perdían allí su virginidad, y por el castigo ó infamia eran buenas mugeres estando allí; y las que hacían aquel mal recaudo de su persona, hacían grandísima penitencia y permanecían en la religion.

EL EDITOR.

„Concordaron (84) los mexicanos con los romanos antiguos en destinar vírgenes puras para que cuidasen de la perpetuidad del fuego; y como á unos y otros los gobernaba un impulso, con desechable diferencia eran en una y otra parte las ceremonias las mismas. Debíole México este nuevo estado de vírgenes sacerdotizas al cuarto de sus reyes el valeroso *Ytzoatzin*, que se ocupó diligente en lo que miraba al servicio de los dioses, fabricando á las espaldas de sus soberbos templos, capácisima habitación para que la ocupasen las *Cihuatlamacasque*, que así quiso se llamasen estas bestales doncellas. Y como el estado tan peligroso que profesaban pedía muy seria vigilancia en las que las dirigiesen, solicitó por todo su reino las viejas mas venerables y virtuosas que en él se hallasen, para que con el título de *Ychpochiltloque* fuesen las superiores de estos conventos; y siendo como eran personas en quienes se hallaban muchas de las virtudes morales, no es ponderable el singular aprecio conque todos las respetaban reverenciándolas como á las tesoreras mas preciosas que poseían los dioses. Constituyó tambien á uno de los sacerdotes del templo mayor de *Huitzilopuchilli*, para que con el nombre de *Tequacuilli* fuese como superintendente de estas casas ó encerramientos, dejando á su cargo el cuidado de la observancia de los ejercicios cotidianos que debían practicar en el servicio del templo.

Muchas eran las doncellas que por impulsos de su devocion se dedicaban á la estrechez de esta vida; pero muchas mas las que la seguían por voluntad de sus padres. Y como entre todas las naciones fué siempre la mexicana la que mas se dió al culto de los dioses, era excesivo el número de las sacerdotizas conque llenaban los templos, y en donde las ofrecían luego que habían cumplido los cuarenta días, aceptándolas los sacerdotes en nombre de los ídolos á quienes las presentaban, hacéndoles la oracion siguiente que se halla entre las que de boca de los antiguos conservó el Cicerón de la lengua mexicana Don Fernando de Alva, la cual referiré con las mismas palabras que la tradujo, por corresponder á las originales con propiedad muy precisa... „Señor y Dios invisible, cuya luz se esconde entre las sombras de los nueve apartamentos del cielo, causa de todas las cosas, defensor y amparador del universo; el padre y la madre de esta niña, que es la piedra preciosa que mas estiman, y la antorcha resplandeciente que ha de alumbrar su casa, te la vienen á ofrecer con humildad de

[84] Dice D. Carlos Sigüenza y Góngora en su *paraíso occidental, ó sea historia de la fundacion del convento de Jesus Maria párrafo 3.*